

EL
COLLADO
DE LA
MARQUESITA
MIGUEL DE LEÓN

PLAZA  JANÉS



MIGUEL DE LEÓN

EL COLLADO
DE LA MARQUESITA

SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Cuentan los lugareños que la presencia de la niña deambula por la vieja casa de los marqueses, que es posible verla tras cristalerías en noches de plenilunio; cuentan que su espectro cruza la carretera que discurre bajo el pueblo, en el comienzo de una curva traicionera conocida como la de Todos los Santos, para obligar a los conductores a moderar la marcha. Quien esté al tanto de la historia no entrará jamás en discusión, pues sabrá que una de las razones que forjan la leyenda es irrefutable. En la trampa de aquella curva maldita, que se cierra sin aviso tras una recta, en un estrechamiento de la calzada, con el peralte al revés y con frecuente invasión de aguas, los accidentes se cobraron tantas vidas, que los arcones, repletos de cruces y capillitas, parecen cementerios de juguete. El hecho comprobado es que desde la primera vez que dijeron haberla visto cruzar, han pasado veintidós años sin que ningún otro accidente haya arrebatado una vida. En el último, el conductor de una guagua, que admitió ir a más velocidad de la obligada para aquella curva, juró haber salvado la suya y la de sus pasajeros gracias a que la figura de una niña vestida de blanco cruzó la carretera y lo obligó a clavar los frenos. Aunque el vehículo se desbarató por el costado contra un eucalipto y los ocupantes sufrieron el susto y las magulladuras, salieron indemnes de lo peor.

Damián, que llevaba una existencia de eremita como cuidador de la propiedad y habitante único del caserón de los marqueses, era demasiado viejo y descreído y tenía, además, la formación y la actitud para haber hallado, desde el primer momento, una explicación juiciosa de ambos misterios que dejara tranquilo el más allá. La casa del Collado, la que fue morada de los marqueses y en la que murió la pequeña, se sitúa en una cota más alta que el pueblo, a la justa distancia para que se viese el reflejo de las nubes en las amplias cristalerías, dando la sensación ocasional de que una figura vestida de blanco transitara las estancias, que la gente creía deshabitadas. Del misterio de los accidentes, pensaba que era la propia leyenda la que producía el milagro. En una carretera que discurre paralela a la costa norte, por la que cruzan las brumas, densas y blancas traídas por los alisios, poniendo un poco de imaginación, se hacía tan fácil creer que se había visto cruzar a una niña vestida de blanco, como a un elefante alado ataviado con un salto de cama. Damián estaba seguro de que en cuanto corrió el rumor del milagro, los conductores, al paso por el lugar, circulaban más despacio y atentos a la carretera, con la esperanza de ver el espectro de la niña, lo que daba, como feliz resultado, que no se hubiesen vuelto a producir accidentes.

En el paisaje del fondo, detrás de la casa, la montaña que recorta su perfil en el cielo presenta una sajadura que dio nombre al pueblo. Collado del Marqués, se llamó durante siglos hasta que, poco después del episodio trágico de la muerte de la niña, la palabra «marqués» fue desterrada, sustituida con mucho odio y dolor y con celo escrupuloso por la palabra «marquesita», más allá del ámbito del pueblo y no sólo en el uso popular sino donde les fue posible llegar en el oficial. Collado del Marqués pasó a llamarse Collado de la Marquesita. Al tiempo, las viejas leyendas dejaron lugar a otras nuevas cuando comenzaron a circular rumores sobre la presencia que transitaba la casa deshabitada y la figura vestida de blanco que cruzaba la carretera. En el transcurso de los años, no sólo se habían mantenido vivas sino que las habían aumentado con historias sobre milagros de curaciones y cambios de fortuna, que surgían, cada tanto, adjudicados por la gente a la intercesión de

la niña muerta.

Las pocas veces que Damián bajaba al pueblo procuraba no cruzarse con nadie, y cuando lo hacía, contestaba con evasivas si la conversación terminaba aludiendo, como solía suceder, a los días del luctuoso suceso. Comprendía que la gente del pueblo tuviera sus creencias y, sobre todo, que las hubiesen cristalizado en la limpia memoria de una niña a la que adoraban cuantos tuvieron ocasión de conocerla. Pero un viejo maestro mecánico, como lo era él, apasionado por la ciencia, lector de varios libros a la semana y con todos los cimientos de su existencia anclados en el fundamento de la razón, no podía admitir un posible universo intangible para los que hubiesen cruzado la última frontera. Sin embargo, un acontecimiento pondría a prueba tanto su cordura como sus convicciones.

El consorcio de aguas había enviado una carta a primeros de septiembre para informar de que las obras de sustitución de las viejas atarjeas por modernas tuberías comenzarían en noviembre. Aseguraban que el suministro estaba garantizado y que las obras sólo durarían un mes y medio. Damián no se fió de tantas alegrías juntas y pidió suministro de toda el agua que podía almacenar. Por supuesto que las obras no empezaron hasta mediados de enero y, por supuesto, hallaron inconvenientes que las retrasaron y, por supuesto, no habían dado suministro desde diciembre. Para colmo, el invierno resultó seco. A finales de marzo, la alberca enseñaba los tarquines del fondo y el único panorama meteorológico parecía ser el de un verano tórrido como pocos. Para no dar por perdida toda la huerta, algunas tardes soltaba un chorrillo de agua de misericordia, pero los frutales y las plantas del jardín debían conformarse con la que recogía de fregar los trastos de la cocina. Por eso sintió que una brisa de consuelo le acariciaba el corazón la tarde en que los alisios regresaron y unas nubes gruesas y oscuras comenzaron a cuajar sobre el Collado. Durante dos días llovió despacio, apenas sin parar, y continuó después un tiempo de llovizna como nunca había visto.

Dedicaba las mañanas a prevenir desperfectos y a mantener las herramientas. Por las tardes se sentaba a leer, a ver llover y a acariciar a una gatita a la que había dado amparo por fin de año. La llovizna no cesó ni un instante en las tres semanas. A veces caía un palo de agua que paraba de pronto y parecía que daría paso a un instante de descampada, pero enseguida la densa neblina y la lluvia, menuda y pertinaz, volvían a saturar el ámbito del Collado. Un diluvio de gotitas finísimas que no termina de caer ni acaba nunca, que está ahí, que es la nube misma, que pervive inmutable empapando el aire, aliviándose en gruesas gotas desde las hojas de los árboles, discurriendo en hebras caudalosas por troncos y paredes, pero que permanece por siempre, sin intervalo ni demora, sin un alivio ni un instante de compasión. En el Collado no era habitual que aquel estado se prolongase durante más de tres días; todo lo más, una semana en años lluviosos. Pero en esta ocasión duraba ya tres semanas. A Damián, que tenía razones de sobra para considerarse el mejor provisto del mundo en ardides de soledad, en los días de la zozobra se le fue derrumbando el ánimo y había terminado como un fósil, paralizado por la tristeza, con la mirada perdida en el punto infinito de la memoria donde el insomnio lo arrastraba en las noches de penuria.

Así llegó hasta aquel anochecer. Los ojos le echaban fuego por el abuso de la lectura. Después de comer y de recoger los cacharros, salió al patio. No amainaba. La noche que le pareció ser aún más negra y más triste que las anteriores le agotó la paciencia y se marchó a la cama mascullando, con un gesto entre desquiciado y pueril, echándole en cara al mundo que los malditos cuatro días que le

quedaban por vivir se los estuviera haciendo pasar meándole encima.

—¡Ahí te queda eso! —farfulló cuando se metía entre las sabanas—. ¡Tú verás!

Creía que no podría conciliar el sueño hasta que no hubiesen pasado al menos tres o cuatro horas, pero se dio la vuelta, se tapó la cabeza y en un par de minutos se quedó dormido. Despertó sobre las cuatro de la madrugada. En la segunda vuelta supo que el sueño no le alcanzaría para más y se levantó. Mientras orinaba, alzó la mirada y el espejo le devolvió la maltrecha imagen de viejo recién levantado, con el pelo revuelto, el rostro sin afeitado, el pijama enmarañado, la pose indecorosa para sostener entre dos dedos el prepucio desfallecido, el gesto torcido por el esfuerzo de orinar las dos últimas gotas de cristal derretido. En ese preciso instante, otra imagen, ésta de la memoria, le recordó su desaire personal con la desidia meteorológica. La estampa del chiquillo que se fue a la cama afrentado por el aciago estado del clima y la desastrosa que veía en el fondo del espejo, tan cómicas una como la otra y tan irreconciliables entre sí, le provocaron una risa bobá que terminó en una carcajada silenciosa.

—¡Mira qué hombre calamidad! —se dijo, burlándose de sí mismo, mientras se limpiaba una lágrima con el dorso—. Disputarle al mundo. Tan viejo y todavía sin saber guardar la compostura.

En efecto, el sueño lo había reconfortado. Aunque no tanto para hacerle albergar esperanza de que el mal tiempo hubiese entrado en razón, por lo que se sorprendió al correr un visillo y descubrir que el cielo se había prendido en ascuas. Era más probable que se tratase de una vana ilusión, de un intervalo efímero de aquel tiempo pertinaz que de la descampada final, pero se precipitó al exterior y pudo comprobar que las estrellas relucían hasta la linde del océano. Sintió, entonces, que la vida volvía a fluir por sus venas.

Atendió a los animales, recogió la cama, se afeitó y se duchó, se puso la ropa buena y bajó al pueblo antes de la primera luz del amanecer. La rara excepción a su norma de no salir del Collado la hacía los viernes de madrugada para llegarse a la panadería de un viejo amigo, donde entregaba una lista de provisiones y una docena de los quesos que elaboraba en la casa. Los hombres aprovechaban para repasar la amistad, compartiendo un desayuno que era idéntico desde hacía más de veinte años y que consistía en café con leche, pan recién sacado del horno y uno de los quesos tiernos que traía Damián.

Regresó apenas un poco más tarde que de costumbre, cuando comenzaba a salir el sol. Hasta la casa del Collado debía subir una cuestita pareja y moderada, de poco más de un kilómetro. Había cumplido setenta y tres años, pero aún era un hombre fuerte y sentía el orgullo de poder subirla de un tirón, si no apretaba demasiado el paso. El trabajo con los animales y las tres fanegadas que atendía entre la huerta y el jardín eran lo bastante duros para mantenerlo en buena forma, sin requerirle excesos que le mermaran la salud. Apenas eso y una dieta basada en lo que obtenía de la tierra, de más hortalizas que fruta y más fruta que carne, era cuanto había necesitado para no tener que visitar al médico sino en unas cuantas ocasiones. Bajaba al pueblo caminando y al regreso enfrentaba el repecho con un paso alegre que pocos habían sido capaces de seguirle desde la época en que llegó al Collado. Aquella mañana, sin embargo, apenas había caminado trescientos metros cuando tuvo que aflojar el paso. Pensó que iba demasiado suelto. Quinientos metros más arriba dejó de engañarse y comprendió que algo estaba funcionando mal. «Demasiado tiempo de reposo», se dijo. A doscientos metros de la entrada ya no tuvo dudas de que era otro distinto al de antes de la llovizna y pese a que

por primera vez en su vida paró para coger resuello, llegó casi arrastrándose a la casa. Le costó tanto trabajo abrir el portalón, que cuando lo consiguió, necesitó sentarse a recobrar el aliento.

Descansó un poco y, todavía con dificultad, consiguió ponerse en pie apoyándose en el paredón. Los pasos lo llevaron despacio donde solía ir para pensar en la vida, por tanto, también para pensar en la muerte. El solar ocupado por la casa fue en tiempos una cantera. El jardín que la circunda continúa abajo, en una cota inferior, en un rellano hecho en la roca caliza, donde tres círculos concéntricos forman un anfiteatro. Por uno de los lados, en semicírculo, un graderío de tres niveles hecho con bloques de la piedra caliza de los alrededores; por el otro lado, el semicírculo de las gradas se completa con otro semicírculo de bancales, en cada uno de cuyos tres niveles hay doce cipreses. El centro del círculo es una enorme losa de piedra gris que sirve de cubierta a un mausoleo excavado en la roca, hasta el que se desciende por una ancha escalinata. La puerta de la cripta es una pesada losa de granito pulido, con el bajorrelieve de un escudo de armas en su versión más elemental: sólo el yelmo sobre el escudo, sin cimera, ni blasón o leyenda, con varios apellidos ilustres en su interior.

Para Damián, aquella grada frente a los cipreses fue siempre el lugar de sus mejores momentos. Allí calentaba los huesos en los mediodías del invierno y se refrescaba en los atardeceres del verano. Era donde había leído los mejores libros y más le había deleitado un vaso de vino acompañando al queso tierno de la leche de sus cabritas. Y era allí donde había echado en falta a la única mujer de su vida con más amor y donde con mayor vehemencia había deseado morir pronto para acudir a su lado, dondequiera que ella estuviese. Era el lugar donde más veces había dado gracias a la vida, pero también donde menos había temido a la muerte.

Sentado, casi en el mismo lugar, se había preguntado muchas veces cuál fue el instante preciso en que dejó de ser un joven y entró en la madurez, y qué día de su vida dejó de ser un hombre maduro y se convirtió en un viejo. Al parecer, para el último umbral dispondría de una señal precisa en el calendario puesta en la fecha de aquel día. Era ya sólo un anciano al que no le quedaba otra cosa que hacer que esperar a la muerte. Aunque esperarla era el resumen de la última mitad de su vida, puesto que hacía ya mucho que no le quedaban más ilusiones que ver la luz del día siguiente, lo que valdría para todos los que tuviera el privilegio de vivir, incluyendo el último, si es que llegaba como pedía, sin dolor. A pesar de la soledad, o quizás gracias a ella, consideraba que su vida había sido plena en todo lo que le había pedido, con el único reproche de que lo hubiese dejado viudo con cuarenta y siete años. No tenía bienes ni descendencia a quien dejarlos, nunca había contraído deudas materiales ni morales con nadie. Al único de quien se consideraba deudor, al único a quien habría querido poder devolverle una parte de lo que de él había recibido, yacía muerto en la cripta. Esos pensamientos se repetían con mayor frecuencia cuanto más viejo se hacía y, con las mismas premisas, las conclusiones conducían siempre al mismo punto, por lo que solía terminar mascullando una frase que las expresaba en un resumen perfecto:

—¡Carajo!, no voy a dejar ni un recuerdo.

Alzó la vista y miró con largura la losa frente a los cipreses. Otra vez creyó oír en el ramaje la tierna vocecita de una niña a la que había querido cuando vivía como hubiese querido a una hija propia, y a la que continuaba queriendo con la misma ternura veintidós años después de su muerte. La otra moradora de la cripta, la que habría sido dueña de la casa y heredera del título familiar, la

marquesita. Veintisiete años habría cumplido en el febrero pasado, pero él no podía recordarla de otra manera que con los cinco años de la edad que tenía cuando murió, envenenada por la mano de su propio padre, en el suceso más terrible que se conocía por los alrededores y que fue el origen de la leyenda.

De aquel episodio circulaban tantos relatos distintos como personas lo contaban, prueba de que nadie lo conocía con certeza. La imaginación de la gente llegaba muy lejos, pero la realidad era la de un caso tan vulgar y repetido y la causa tan elemental, que las autoridades no tuvieron un instante de duda. Ni el juez que ordenó el levantamiento de los cadáveres lo pidió, ni el forense tuvo que utilizar el bisturí para firmar los certificados de las autopsias. No perdieron ni un segundo en hacer indagaciones con las que no habrían obtenido sino acrecentar el dolor y dar pábulo a los fabricantes de historias. La mujer del marqués, en amores con un desconocido, le había pedido la separación formal tres meses antes. El marido, que al principio pareció resignarse, terminó quitándose la vida, pero se llevó a la hija de cinco años con él. Era asunto zanjado.

Damián, que fue el único presente el día de los hechos, el último en verlos con vida, nunca había compartido su martirio con nadie. No tenía con quien hacerlo, porque al cabo de los años todos continuaban escupiendo sobre la memoria del hombre; sin embargo, él, que había llorado más que nadie la muerte de la pequeña, no guardaba en su corazón ni un reproche para el padre, cuya muerte lloró tanto como la otra. Lo había visto languidecer en los últimos meses, lo había visto aferrarse más a su hija mientras adelgazaba y entristecía y se volvía más lánguido y escurridizo. Sólo podía sentir por el recuerdo del hombre la misma compasión que en aquellos días. La única condena la reservaba para sí mismo, por haber tenido delante tantos signos y tan claros y no haber sido capaz de presagiar la tragedia.

Él fue quien descubrió los cadáveres y lo puso en conocimiento de las autoridades, fue quien tuvo el deber ingrato de dar la noticia a la mujer y el encargado de recibir el féretro con los restos del hombre, que trajo la funeraria desde el Instituto Anatómico Forense, en una furgoneta vulgar, sin apariencia de coche fúnebre. Así como en el sepelio de la niña, el día anterior, se había desbordado el aforo de la iglesia y no quedó lugar para nadie más en las inmediaciones de la cripta familiar, sólo con los más allegados, nadie hubo para despedir al padre, excepto él.

Habían previsto enterrarlo en la chercha, el desolado patio del cementerio destinado a los que habían llegado a su fin en contrariedad con el dogma, pero ninguno de los dos sepultureros, ni el habitual ni el sustituto, quisieron hacerle al muerto ni ese último favor. Al conocer la situación, la mujer demostró el temple de hierro que ocultaba detrás de sus maneras espontáneas y ordenó que lo enterraran en la cripta familiar, sin dar el brazo a torcer ante las protestas del párroco y algunos beatos de la parroquia que se oponían a que el cadáver del padre compartiese tumba con el de la hija, puesto que le negaban el derecho a descansar en suelo sagrado, no por su carácter de asesino, sino por el de suicida. La mujer concluyó la discusión con una frase que a Damián le heló la sangre, tanto por lo que dijo como porque quien lo dijo era otra mujer distinta a la que él conocía. Una frase que habrían podido grabar como epitafio en la puerta del mausoleo: «No hay lugar donde mi odio pueda ser más puro».

Damián tuvo que pedir el favor al funerario que conducía el vehículo para introducir el féretro en la cripta. A solas, cuando aseguraba los pernos de la portada, no pudo evitar hacerse ninguna de las

preguntas que había estado conteniendo con las lágrimas durante tres días:

—¿Por qué nos la quitaste, hombre? Con ella tenías la felicidad asegurada. ¿Por qué te faltó el valor?

Lo dijo casi en voz alta, pero no había en las lágrimas ni en las preguntas, ni la hubo nunca, una sombra de condena para el hombre a quien no era capaz de recordar sino como alguien que fue bueno de todas las maneras imaginables, y cuyas únicas debilidades, por encima de su vocación de cirujano, eran que adoraba a su hija tanto como amaba a su mujer.

Incluso después de las casi tres décadas que habían pasado desde el día en que lo conoció, se sentía incapacitado para hacer un juicio cabal sobre él y, menos aún, sobre las circunstancias de su muerte. Lo conoció de la forma más extraña pero más inequívoca en la que puede conocerse a una persona. Fue a consecuencia de una algarada en el campus universitario, en uno de los peores capítulos de la transición. Los estudiantes de la Universidad de La Laguna, distinguidos durante el franquismo por la lucha contra el régimen, habían convocado otra jornada más de reivindicación democrática. La Policía Nacional, los llamados «grises» por el color del uniforme, se creyeron acorralados entre los reunidos en la entrada del edificio principal y una manifestación que subía por las calles aledañas. Pidieron ayuda y muy pronto llegaron varios vehículos de la Guardia Civil. Lo hicieron con su armamento de campaña, sin preparación ni defensas antidisturbios. Pronto se oyeron disparos de mouser y de subfusiles zeta setenta. Dijeron que la orden fue de disparar al aire como advertencia, pero Javier Fernández Quesada, un estudiante de Las Palmas de Gran Canaria que estaba dentro del recinto universitario, cayó fulminado.

En ese preciso momento, Damián descendía de un vehículo para acudir a una entrevista de trabajo, como maestro mecánico, en las instalaciones provisionales que ocupaba el todavía incipiente, aunque ya prestigioso, Instituto Astrofísico de Canarias. Lo sorprende la refriega, huye por el lateral del pabellón deportivo universitario, una bola de goma le da de lleno en la sien, el mundo se le vuelve de color púrpura, cae, se golpea en la cabeza y queda inconsciente. En su cartera, la tarjeta personal de un dirigente del Partido Comunista lo sentencia. Algún gerifalte experimentado en las prácticas de la policía política del franquismo pensó que daría buena talla como culpable del disparo que había acabado con la vida del estudiante grancanario.

La indignación provocó la protesta unánime del pueblo tinerfeño, a la que el Gobierno Civil respondió de nuevo con más represión, cuya consecuencia fue más indignación y mayor dureza en la protesta. Para poner fin a la situación, el Ministerio del Interior tuvo que enviar desde la Península a dos compañías de grises que en dos o tres días consiguieron imponer paz en las calles por el método expeditivo de apalear y detener a todo lo que se moviera por la vía pública.

Damián no recordaba sino algo parecido a una pesadilla. Primero estaba en una cama dolorido y maltrecho y le hacían preguntas que no era capaz de responder, después que alguien lo cargaba sobre sus espaldas, después que iba en un coche conducido por una mujer embarazada. Cuando despertó, estaba en una casa desconocida y era curado y alimentado por un joven al que no había visto en su vida.

La casa era la del Collado del Marqués y el joven, el dueño de la casa; pero era también cirujano del hospital donde lo habían ingresado, según supo, más en calidad de detenido que de paciente. Le contó que aprovechando un descuido de los policías pudo cambiar las camas, bajarlo a las cocheras

y meterlo en su coche particular. Luego le pidió a la mujer que fuera a buscarlo y lo llevara a la casa del Collado. No se ponían de acuerdo en cómo debía denominarse la acción. Él decía, con sonrojo, que lo había sustraído, pero la mujer se burlaba acusándolo de haberlo secuestrado. Para Damián, sin embargo, era claro que le habían salvado la vida. Y que se la salvaron de nuevo oponiéndose a que se marchara, no sólo durante los meses que la policía lo buscó, sino también mientras tuvieron dudas de que la democracia imberbe resultara definitiva.

Llegó a tener un bolso preparado, pero no fue hasta unos días antes de la partida cuando aceptó que ni tenía lugar al que ir ni ánimo para buscarlo. Entonces se presentó delante de sus anfitriones, que no disimulaban la congoja de la despedida, para darles la alegría de que había decidido quedarse. Como él había dicho, se quedó por costumbre. Dos años después de su llegada, le hizo el relevo al viejo campesino que atendía la casa, con quien había trabado amistad desde los primeros días y con quien aprendió los oficios de la jardinería, el cuidado de las huertas y de unas colmenas que había en lo más apartado de la finca.

Nunca se arrepintió de la decisión. Siempre consideró su estancia en el Collado un retiro de privilegio y sus quehaceres, antes un entretenimiento grato que un trabajo. Abría habitaciones cuando el tiempo se lo permitía, pintaba la fachada una vez cada tres o cuatro años, barnizaba las puertas y las ventanas exteriores cada dos años y las maderas interiores, incluyendo las antiguas caballerizas, cuando lo necesitaban. Vigilaba tejados y canalones, mantenía los jardines, sacaba provecho de la huerta y aún le sobraban energías para atender a los animales. Era diestro en la carpintería, virtuoso con los metales y la fontanería y se bastaba para pequeños trabajos de albañilería.

Al principio ocupó una habitación de la planta alta, destinada a los invitados, de la que se trasladó en las semanas siguientes cuando decidió posponer la marcha, como le pedían sus anfitriones. Comenzó entonces a utilizar un recinto de la planta baja, junto a la cocina, que en la práctica era una vivienda pequeña dentro de la casa grande, con baño y cocina propios, cómoda, pensada para el personal de servicio de la casa, con absoluto respeto a la privacidad.

Por una antigua costumbre, de tarde en tarde, un campesino solía regalar una chivita, o baifita, como gusta llamarlas en las islas, que se fueron quedando en la casa porque nadie habría encontrado valor para sacrificarlas. De esa manera se mantuvo un rebaño de media docena de cabras, que permanecían en los establos y con cuya leche Damián preparaba yogur y aquel queso riquísimo para consumo de la casa.

Sentado en la grada, dejó divagar los recuerdos mientras el sol se levantaba y comenzaba a secar el entorno. El arbitrio de la brisa impide que la losa del suelo, que hace de cubierta del mausoleo, seque de manera uniforme, y sobre ella se suceden manchas inéditas que evocan los objetos más dispares. Al principio no le concedió importancia a la que le trastornó la vida aquella mañana, porque no estaba de humor para cábalas de geometría y prefirió abandonarse de nuevo a los recuerdos, pero, pasados unos minutos, le heló la sangre. De un salto se puso en pie y se acercó muy despacio, perplejo, sin dar crédito a lo que veía mientras sacaba las gafas.

Un dibujo perfecto, acabado, indiscutible. Lo vio por primera vez meses antes de la tragedia, hecho por la mano de la niña. Por las tardes ella pasaba mucho tiempo jugando en aquel lugar, porque era donde mejor la vigilaban los padres, aunque Damián pensó siempre que le gustaba estar junto a él. Ambas cosas eran ciertas y de esa época le venía la costumbre de sentarse en la grada. La

niña solía traer un grueso cuaderno de dibujo y una talega con lápices de colores. Le gustaba pintar monigotes y flores, copiar caricaturas de los tebeos y era una experta en dibujar muñecas que luego repetía con ropas distintas. Una mañana dibujó una especie de cara con una «Y» en el centro.

—¿Sabes lo que es? —le preguntó a Damián.

—Parece un hombre con una narizota muy fea —respondió él.

La niña lo corrigió riendo:

—No es un hombre muy feo. Es que tú no sabes —le dijo cogiéndolo de la mano para llevarlo frente a la entrada de la cripta—. —Este dibujo —prosiguió mientras apuntaba con el dedo al grabado de la puerta— es de mis abuelos. Lo que está encima parece la cabeza de un monstruo, pero es una armadura vacía. Como un sombrero. Cuando yo era chiquita me daba miedo. Ahora no.

—¡Ah, claro! Lo que has dibujado es un escudo, no una cara. Pero ¿qué es la narizota?

—Porque la armadura se la ponían cuando tenían que ir a la guerra —explicó muy seria—. Pero eso era cuando había guerras. Ahora mi padre se pone otra cosa para trabajar. Tiene un nombre muy largo. Sirve para oír el pecho.

—Es cierto —asintió Damián complacido—. Se llama fonendoscopio y, es verdad, sirve para oír los ruidos que hacemos por dentro. Porque tu padre es médico. Eso es algo muy bueno y las guerras, muy malas.

La niña le regaló el dibujo y Damián no tardó en mostrárselo al padre.

—Tu hija le ha cambiado el escudo a la familia —le dijo.

El hombre lo miró con detenimiento y, después del primer instante de perplejidad, captó el sentido y sonrió.

—Pues mira, Damián, el que está en esa puerta se quedó por respeto a mi padre. En éste de mi hija no hay duda del honor.

El dibujo de la pequeña, que Damián conservaba entre sus pocos recuerdos materiales, era el que para su asombro aparecía ahora en la piedra. Un misterio digno de reflexión pero también un hecho del todo desafortunado, pues la madre de la niña llegaría la mañana del domingo para hacer una visita a la que no había faltado en el transcurso de los años sino en ocasiones precisas, y dejando a un lado el interés por el origen de la misteriosa mancha, Damián no podía consentir que atizara en ella el fuego del dolor. Al contrario de lo que esperaba, el sol del mediodía no secó la piedra sino que hizo desaparecer la humedad en el contorno de la mancha, lo que mejoró el contraste y la hizo más nítida.

El sábado, desde que hubo luz suficiente, se aplicó a la tarea de limpiar la piedra, primero sólo con agua, después con lejía y, por último, con jabón abundante, pero sólo consiguió una inundación de espuma y que el dibujo se perfilara con mayores bríos. Probó finalmente con aire comprimido, lo que dio un resultado exiguo, pues todavía no acababa de secar por un lado cuando resurgía por el otro. Como la paciencia era la mejor de sus cualidades, tuvo el temple de continuar soplando la piedra hasta la caída del sol, haciéndola desaparecer casi por completo, y pensó que insistiendo durante un par de horas a primeras horas del domingo conseguiría eliminarla. Fue inútil. El relente de la noche y los primeros rayos de sol la hicieron reaparecer más clara que el día anterior. Derrotado, intentó la estrategia contraria. Regó la piedra y la cubrió con una gruesa lona para evitar que el sol la secara antes de que la mujer decidiera marcharse.

También él habría querido poder eludir el recuerdo, pero los recuerdos más perdurables son los que han tenido que ver con el amor, y en aquello, desde todos los ángulos posibles, no se hallaban sino circunstancias de amor. En tramos maltrechos, a veces rotos y derramados, pero amor en todos los ínfimos detalles. Lo hubo en las últimas palabras de la niña, en las que lo hizo empeñar una promesa que él no tuvo ocasión de cumplir; lo hubo en la propia promesa, y lo había en la pena y los recuerdos de aquellos veintidós años.

Fue la última tarde en que los vio con vida. Apenas hacía unos días que el padre y la hija habían regresado de un largo viaje, en el que la niña pudo visitar el Disney World de Florida. Damián estaba contento de volver a tenerlos en la casa. Atardecía y la vio llegar desde lejos, bajando despacito por la escalinata, y él le salió al encuentro en las gradas, sin dejar de asombrarse de lo pronto que cambian los niños. Había crecido, la vio más delgada y le pareció que estaba triste. A falta de los papeles, la ruptura del matrimonio era ya definitiva. Los padres habían sabido llevar bien la separación y la niña no había hablado sobre el particular, pero no era la misma. Damián imaginaba lo más probable: que ella intuía la situación y sufría.

—Mira, Damián, ¿tú puedes hablar con mi madre?

—Claro que sí. ¿Qué quieres que hable con ella? —le respondió cogiéndola para sentarla sobre sus rodillas.

—Ella te quiere mucho. Y yo quiero que tú le digas una cosa.

—¿Y por qué no se la dices tú misma?

—Se la dije. Pero es mejor que tú también se la digas.

—Bien, pues dime qué quieres que hable con ella.

—Dile que no esté enfadada con mi padre. Que él muchas veces se va y nos deja solas, pero es porque tiene que cuidar a gente que está muy malita.

Damián sintió que le estrujaban el estómago como un trapo, y necesitó coger aire varias veces y apretar a la niña contra el pecho para evitar que ella advirtiera el chorro de emoción que se le anudó en la garganta.

—Muy bien, se lo diré desde que la vea. Pero yo no creo que esté enfadada con él. Ella también tiene obligaciones y cosas que atender.

—Sí, pero tú se lo dices así.

—Se lo diré sin cambiar ni una palabra. Te lo prometo.

La mancha en la piedra le recordaba aquellas últimas palabras con un nuevo sentido y que, contra lo que él pensaba, sí que le quedaba aquella deuda por pagar, que tenía una cuenta pendiente porque había empeñado su palabra en una petición que resultó ser, además, la última voluntad de la niña que yacía bajo la piedra. Porque a la mañana siguiente, vivió el episodio más terrible de su memoria. Él se levantaba antes del amanecer para atender a los animales y subía después para desayunar con la familia. Aquel día vio la luz de la sala de estudio encendida y esperó por ellos. Extrañado de que no bajaran según la costumbre, subió y descubrió la espantosa escena. La minuciosa preparación de los detalles no dejaba lugar a conjeturas sobre la intención de los hechos. La niña con el pelo cepillado, sujeto con una cinta blanca, con un vestidito y medias blancas. Su padre con un traje oscuro. La chaqueta doblada en el diván, la manga izquierda de la camisa remangada. De una botella de suero colgada de un perchero descendía una manguera traslúcida, en cuya mitad se hallaba el artificio que

liberaba en el caudal las dosis bárbaras de anestésico y veneno. Ella, a horcajadas encima de su padre, tendida sobre su pecho, con un brazo inerte al costado, dormida en el plácido sueño del que no despertaría. Él, sentado en la butaca, rodeándola con un brazo, con la aguja clavada en el otro, petrificado en una mirada de tristeza y derrota que se perdía en el infinito.

* * *

Durante los últimos cuatro domingos, la madre de la niña no había podido hacer su visita semanal a la casa del Collado. El primero de ellos ni siquiera intentó el viaje, y los siguientes la neblina la obligó a dar la vuelta a medio camino. La enfermedad, algún viaje muy ocasional y el tiempo de neblinas del norte eran causas únicas que pudieran impedirle la visita dominical para ver a Damián y sentarse cerca de la tumba de su hija. Dos domingos seguidos de neblinas podían ser frecuentes; tres domingos eran menos probables, sobre todo en aquella época del año; cuatro domingos no recordaba que se hubiesen sucedido nunca, por lo que estaba inquieta desde el viernes, cuando supo que el tiempo había cambiado.

De los estragos que sufría desde el día de su maldición, el terror a la niebla fue el último en aparecer y por más inaprensible era, también, el más personal. Nadie más lo sabía. No habría tenido sentido hablarlo excepto con quienes entendieran de achaques emocionales, pero cuando le sobrevino la fobia, hacía años que había prescindido de la ayuda de psiquiatras y psicólogos. No la incapacitaba en el quehacer de sus días por lo que consideraba que era un desarreglo menor, nada por lo que hubiera merecido la pena volver a abrirse en canal para que escudriñaran en su interior. Algunas veces intentó superarlo por sí misma enfrentándose a la situación que le desataba el ataque de pánico. Se armaba de valor y entraba a la sauna, pero más tardaba en echar unas gotas de agua sobre las piedras caldeadas que en perder la capacidad de respirar. Al fin, decidió que aquella secuela sería otra más de las que, con cincuenta y seis años cumplidos, dejaba abandonadas en la orilla del camino para que fueran resueltas por el paso de la muerte.

Cuando pudo volver a la vida, dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva, se hizo cargo de la pequeña finca de su padre y comenzó a sustituir la explotación de plataneras por el cultivo de plantas para jardín, cumpliendo su sueño de la adolescencia y sacando provecho a los estudios de Ingeniería Agrícola, que había obtenido a pulso y con inmejorables calificaciones. Gran parte de la producción de plantas debe hacerse en ambientes controlados, por lo que se construyeron modernos invernaderos con sistemas de riego por aspersión y goteo. Antes de empezar a utilizarlos regaban a intervalos regulares durante unos días, para que alcanzaran el grado conveniente de humedad. Era una operación que habían repetido en su presencia en varias ocasiones sin que le hubiese producido malestar, pero cuando abrieron las válvulas de riego del último y más pequeño de los recintos, las primeras gotas que cayeron sobre la tierra reseca levantaron una nube de polvo y vapor, y ella sintió de pronto la opresión en el pecho, la falta de aire, la presión en las arterias, la espantosa sensación de estar enterrada viva, y necesitó salir al exterior para coger resuello.

Empezó a concederle importancia cuando le sobrevino el ataque por algo tan trivial como el vapor de la ducha. La posibilidad de que pudiese tratarse de una molestia fortuita se esfumó una tarde de diciembre en La Laguna, al salir de una tienda de la calle Herradores y verse en medio de la neblina gruesa, tan propia de los inviernos laguneros. Tuvieron que llevarla a la Casa de Socorro del Hospital de Dolores, donde le pusieron un aparato para ayudarla a respirar.

Ni siquiera visitó al médico de cabecera. Convencida de que el origen de la dolencia estaba en su cerebro y no en algún desajuste químico, estaba segura de que nadie podría darle el alivio que ella

misma no lograra por sus medios. Instaló un sistema de extracción de aire en los aseos de la casa, a pesar de lo cual, las duchas de agua muy caliente, que eran su deleite personal más íntimo, tuvieron que serlo sólo de agua lo bastante tibia para que no levantara vapor. Abandonó su afición a las caminatas por los senderos de Anaga, territorio de brumas, y en las visitas al Collado no le quedaba otro remedio que volverse a medio camino si advertía nubes o sospechaba que podría sorprenderla la neblina.

Aunque fue tardío, ella lo consideró otro de los cambios provocados por la lenta y penosa metamorfosis que la transformó en lo contrario de lo que había sido. Durante la juventud fue tan exuberante en su capacidad para relacionarse, que en la época de casada, incluso con la hija recién nacida, llegó a ser el alma de cada uno de los dos círculos de amistades, tan distantes entre sí que ningún integrante de uno guardaba relación con un integrante del otro. Era ella quien se acordaba de cumpleaños y onomásticas, conocía los gustos, desagradados e incompatibilidades de cada uno y se hacía promotora de cuanto almuerzo o guateque se les ocurría con los pretextos más baladíes. Sin embargo, de las constelaciones de allegados de aquella época no quedaban en su vida sino un par de viejas amigas, cuyas visitas eran cada vez menos frecuentes.

Con anterioridad, creyente y practicante de misa dominical, se quedó habitando en el limbo de tantos que creen que ya no creen, pero todavía a la espera de que sea cierto que algo los trasciende. Ahora buscaba en sí misma el consuelo, en su propia soledad; la soledad que antes le escocía, pero a la que ahora protegía como su bien máspreciado.

No le faltaron proposiciones durante aquellos años, sobre todo al principio, pero ni a las que sólo buscaban la diversión, ni tampoco a las que hubiera podido considerar serias, les había dedicado ni un segundo de compasión antes de rechazarlas. De vez en cuando, todavía lo intentaba algún despistado, pero a ella le bastaba con el sesgo de una mirada para evitar que se repitiera la insolencia, pues proyectaba hacia todos los hombres el odio irracional que la reconcomía: por el amor con uno había alcanzado la felicidad pero también la desgracia; con lo que creyó amor por otro, y que resultó ser apenas una estúpida aventura, desató el horror.

Pese al sentido íntimo que tenía para ella y la reserva con que la hacía, la visita era una ocasión solemne y se vestía, de acuerdo con ello, de luto bastante severo: zapatos negros de tacón mediano, algún vestido negro entre los que tenía un favorito para aquel menester, ceñido al talle y de medio vuelo hasta debajo de la rodilla. Remataba el conjunto con un grueso chaquetón azul marino o una rebeca si el tiempo lo requería. Solía llevar el pelo recogido. Apenas se maquillaba y no se ponía más que unos pendientes diminutos y, contra toda lógica, no abandonaba su alianza de matrimonio en el anular; incluso para la visita llevaba en la muñeca el reloj que le había regalado el marido en el primer aniversario de noviazgo. Y oculto a la vista, colgando de una fina cadena de oro, en su pecho compartía sitio con una cruz la alianza de su marido. También en el gusto por la ropa había cambiado, y el pantalón vaquero, del que no había modo de sacarla en su juventud sino para ocasiones en las que hubiera sido excesivo llevarlo, ahora lo usaba sólo para el trabajo en los invernaderos. Para todo lo demás tenía en su vestuario más vestidos y faldas que pantalones, mayor abundancia del color negro que de marrones y grises y muy pocas prendas de colores vivos. Desde niña le había gustado llevar el pelo suelto, pero era un inconveniente para el trabajo con las plantas y empezó a llevarlo más corto y a sujetárselo con un moño, al que terminó por cogerle el gusto.

En todo se hizo distinta. De afable, expansiva, alegre y en ocasiones un tanto frívola, terminó siendo adusta, inflexible, taciturna y tenaz. A pesar de que su aspecto físico le hiciera aparentar algunos años menos de los que había cumplido, los vestidos negros, el pelo recogido, la visita dominical a la tumba en la que descansaba la hija, pero también el marido, la soledad y la ausencia de cualquier hombre en su vida habían terminado por darle la apariencia de una viuda de las de antes. Sin que hubiera caído en la cuenta, había terminado siendo la viuda académica del hombre al que tanto amó mientras vivía como odió después de muerto.

Ella nunca había visto a Damián enfermar de nada, pero él vivía solo en la casa y tenía edad para que alguien estuviera pendiente de su salud. Le había propuesto unas cuantas veces mandarle un peón que lo ayudara con las tareas, a lo que él se había negado en redondo. Quería mucho a Damián, lo consideraba el hermano mayor que no tuvo por lo natural, lo que le quedaba de familia, alguien leal con quien se sentía protegida. El sentimiento era recíproco porque ambos estaban ligados al otro por algo tan indisoluble como un dolor compartido, aunque nunca se dijeron una palabra del suceso, en parte porque nada podían decir que el otro no supiera, pero sobre todo porque cada uno quería evitar que se atizaran brasas innecesarias en el otro. Sin embargo, ella, que no había oído a Damián condenar la muerte de la niña, y pese a que ninguna de las condenas de nadie le hubiese dado consuelo, pensaba que la de él era la única que la habría hecho sentirse menos sola en su calvario de odio.

Como esperaba, llegó sin inconvenientes a la casa. Aunque los perros le daban aviso incluso antes de que el coche fuera visible, Damián aguardaba atento a la carretera para adelantarse a la llegada y recibirla con el portalón abierto. El saludo fue más largo que en otras ocasiones. Después de congratularse por las lluvias providenciales de los días pasados, él desapareció como hacía siempre, para dejarla sola en un paseo ritual, que no tenía por objeto sino los recuerdos, tan exacto en sus pormenores que él sabría dónde encontrarla, según el tiempo que hubiese transcurrido. No entraba en la casa. No lo había hecho ni siquiera el día de la inhumación de la hija. Caminaba muy despacio por los alrededores deteniéndose en cada árbol, arbusto o hierbajo. Por costumbre profesional, se detenía aquí y allá, escarbaba la superficie cerca de las raíces, examinaba hojas y ramas; buscaba larvas de insectos, huevos y crisálidas; rastreaba telarañas y capullos; observaba erosiones y decoloraciones, y escudriñaba cualquier evidencia de enfermedad.

Caminaba por el contorno de la casa, continuaba el paseo bajando por una de las escalinatas laterales a la parte inferior, donde pasaba de largo sin entrar a los establos, seguía por los parterres y árboles que contorneaban el mausoleo y, a continuación, por la huerta. Cuando regresaba, subía muy despacio por el sendero que daba acceso al anfiteatro, debajo del cual se hallaba la cripta. En un lugar preciso de la grada, cerca de los cipreses, se sentaba a contemplar el océano en la lejanía, y se abandonaba, durante horas, a cocinarse en el caldo de venenos que le supuraban del alma.

Odiaba al marido muerto, pero echaba sobre sí misma la culpa del suceso fatal, por liviana e irresponsable y por no haber sabido calcular el daño que su decisión de ruptura podía causar. Mirándolo desde la distancia de los veintidós años transcurridos, se le hacía más doloroso, porque ahora sabía que nunca tuvo causa para pedir el divorcio. Era tranquilo, abnegado con la hija, tierno con ella, atento a las necesidades de ambas, padre magnífico, buen amante y compañero.

Lo conoció en aquella casa, cuando hacía la tesina de fin de carrera. El Cabildo de Tenerife

había encargado a la Escuela de Ingeniería Agrícola un inventario de los dragos, el árbol mítico para los canarios de todas las épocas, y a ella le tocó en suerte la comarca de Collado del Marqués. En la casa, a unas decenas de metros, visible desde el lugar donde estaba, se conservaba un ejemplar del que las primeras referencias escritas se databan en la época de la conquista. Llegó a la casa con la visita ya concertada y la recibió él en persona. Fue respetuoso y gentil al responderle las preguntas del sencillo cuestionario, y la ayudó a coger muestras y a tomar medidas y fotografías. Una semana después, cuando ella regresaba de otra visita, pasó por el Collado y, sin motivo para verlo, de un volantazo torció el rumbo y se presentó allí. «Va a pensar que soy un pendón de verbena», se decía mientras esperaba, tasando si era más creíble decirle que había perdido unos papeles o que se habían estropeado las muestras, cuando él se acercó sonriéndole desde la distancia. Creyó ver que la sorpresa de la visita le agradaba y entonces hizo algo que era muy propio de ella: asaltarlo en el descampado.

—Hoy vine a cogerle las medidas al hombre —le despachó sin más trámites—. Si es que el hombre me deja.

Él sintió que las rodillas se le aflojaban.

—El hombre se dejará que le hagas lo que quieras, cuando vuelva a coger aire.

Tenía cinco años más que ella. Era inteligente, noble y de una integridad y sencillez absolutas. Abominaba que lo llamaran «el marqués», por lo que había quitado los símbolos de la familia en todo lo que fue posible sin causar destrozos o faltar a la memoria de los padres. Cuando nació la niña, llegó a cierto acuerdo con su conciencia, porque decidió que lo poco que quedaba del patrimonio heredado de ellos le pertenecía más a la hija que a él. Ese patrimonio estaba compuesto por la casa y la tierra circundante, una colección de antigüedades de gran valor histórico, que nadie decente querría vender ni desperdigar, entre las que era fácil hallar piezas de cierta importancia artística. Aparejados con el apellido tenía dos sentimientos enfrentados, y oponía a la dudosa gloria de los antepasados remotos el recuerdo de unos padres dignos y queridos por la gente, bien avenidos, intelectuales que supieron adelantarse a su tiempo y que, durante la penuria de dos guerras seguidas, asumieron antes la ruina que dar la espalda a las personas que vivían en sus tierras, a las que, según opinión de ellos, les debían todo. Primero la Guerra Civil, a continuación la de Europa, y mientras Franco se consolidaba y hacía de la sangre y la represión los pilares de su régimen ilegítimo, el hambre y la miseria aniquilaban a la gente. Con mucho sigilo hicieron su reforma agraria particular, entregando sin contrapartidas la vasta extensión de las tierras a las familias que las trabajaban. Recién declarado el fin de la guerra en Europa, vaciaron la cripta, metieron los huesos pulverizados de los antepasados en urnas que sellaron con lacre y enterraron en algún escondrijo de la antigua cantera y se exiliaron en Francia, donde murieron, casi al tiempo, llorando por no volver a ver nunca el sol de España ni a besar la tierra volcánica de sus islas amadas.

El hijo tuvo que aprender a valérselas por sí mismo desde muy pequeño. En el deseo de los padres de que no se educara en una tierra extranjera, lo enviaron a un colegio de la isla como interno cuando cumplió los seis años. Se encargaba de traerlo y llevarlo un sacerdote jesuita, al que nunca vio vestir el hábito, que se comportó más como un padre que como un tutor y le inculcó el sentido del deber y la importancia de los valores cívicos. Viajaba varias veces al año a Niza, para pasar las vacaciones con los padres, por lo que hablaba francés con naturalidad. La influencia de sus

progenitores y la experiencia de vivir unas épocas en un régimen de libertad y otras bajo el peso insoportable de la dictadura no le dejaban dudas sobre cuál era su causa. Aunque nadie lo oyó nunca favorecer una opción política, amaba la libertad, y por ella se jugó el tipo siempre que tuvo ocasión, incluso secuestrando a un pobre hombre del hospital para esconderlo en su casa.

Era conocido en los mejores círculos de la capital, pero ella no tuvo noticia de quién era hasta que él se lo dijo, casi con vergüenza, en el transcurso de otro encuentro, días después de aquella segunda tarde. Habría podido elegir mujer entre las que hubiera querido de sus compañeras de universidad o de trabajo, porque era un alumno y un médico brillante. Habría podido hacerlo entre las chicas de la alta sociedad o entre las hijas de los más acaudalados, puesto que era un partido magnífico en cualquiera de los sentidos, fuera para las que buscasen notoriedad social, fuera para las que, como ella, sólo desearan lo más elemental que a una mujer pudiera atraerle de él: sus buenos modales, su educación y su buen parecido.

Aunque se equivocaban quienes le imaginaban fortuna. Por contra de lo que muchos pensaban, no trabajaba sólo por vocación, que la tenía en alto grado, sino por necesidad. Sus padres habían muerto con toda la dignidad y sin dejarle deuda alguna, pero pobres, porque consideraban la casa del Collado patrimonio intocable y de todo lo demás habían dispuesto para que él pudiera estudiar en la isla. Así que cuanto tenía eran sus estudios y una buena posición para alcanzar la anhelada plaza de cirujano. La casa del Collado pagaba su propio mantenimiento, lo justo para el salario de una persona, los impuestos y los arreglos permanentes que requería.

Lo que le atrajo de él era que su madurez y su estabilidad le brindaban el punto de equilibrio que ella necesitaba, un anclaje sólido que era capaz de contener su carácter irrefrenable. Con dos años de noviazgo, se casaron cuando él consiguió la plaza de cirujano de cardiología. Ella acababa de cumplir los veintiséis y quedó embarazada por propio deseo al año siguiente. Con la llegada de la niña, ambos alcanzaron la plenitud de sus vidas, juntas o por separado.

Incluso después de lo sucedido, solía recordar la escena más conmovedora de su existencia, que tuvo como protagonistas al marido y a su pequeña recién nacida. Sucedió la segunda noche que durmió en la casa, al regreso del hospital donde la trajo al mundo y donde la habían tratado con la atención y el mimo que sólo podía esperar la esposa de un cirujano tan querido como era él. No tuvo problemas en el parto, pero guardó cama durante unos días, por no contrariar al marido, atento a la recién nacida. Aquella noche, la pequeña se despertó sobresaltada del primer sueño después de mamar. Su marido encendió la luz de la mesilla. La niña no se consolaba y él se levantó de la cama y la llevó al cuarto de baño. La mujer lo oyó trajinar, preparando otro baño a pocas horas del anterior. Aunque hacía un poco de calor, a ella se le antojó ocioso otro baño en tan breve espacio de tiempo, pero corregir a un médico sobre el cuidado de un bebé tenía algo de inoportuno, incluso aunque el médico fuese su marido. El baño dio resultado porque la niña dejó de llorar. Cuando regresó con ella envuelta en una toalla y la puso sobre la cama, la mujer no le hizo ver que estaba despierta para poder observarlos.

Lo vio secarla, frotar con un algodoncito el cordón umbilical y ponerle el talco mientras ella se repetía su pregunta de siempre, que cómo era posible tanta delicadeza teniendo aquellas manos tan grandes y fuertes. Entonces él se quedó inmóvil, contemplando a su recién nacida durante un rato muy largo, y ella advirtió la magia de un instante prodigioso antes de que sucediera. Él comenzó una

exploración que era más de médico que de padre. Muy despacio, le abrió los deditos de ambos pies uno por uno, le sostuvo los pies con una mano para compararlos y observar el puente, los calcañales y los tobillos minúsculos; las pequeñas pantorrillas, las delicadas rodillitas; exploró los omóplatos y las axilas, primero de un lado y luego de otro; los coditos, las muñequitas, las manos y los deditos diminutos uno por uno, primero por el anverso y por el reverso después; luego las orejitas muy despacio, la de un lado y la del otro; la naricilla, las pupilas, los ojitos y la boca chiquita. Luego puso el oído sobre el pecho y escuchó la respiración y los pulsos del corazón, mucho rato; le dio la vuelta y la tendió boca abajo para oírla también por detrás. A continuación, era ya más el padre que el médico el que le acarició la espalda y el culito y le contó las vértebras, primero desde la cervical hasta el cóccix y luego a la inversa. Cuando terminó, la levantó con mucho cuidado, la besó muy largo en la cabecita, se tumbó hacia atrás sobre el almohadón y se la puso encima del pecho para acariciarle la espalda. Durante todo aquel tiempo la pequeña estuvo despierta, parecía que atenta al escrutinio de su padre, pero al quedar tendida como una ranita sobre su torso desnudo, cerró los ojitos y se quedó dormida al instante. Unos segundos después, él también respiró muy profundo y se durmió.

Le quedó siempre vivo el sentimiento, que la invadió mientras observaba desde la penumbra, de que padre e hija acababan de sellar un vínculo que perduraría más allá de la muerte, y que desde aquel instante él daría la vida por la pequeña sin pestañear, y que gran parte de aquel amor también le concernía a ella de forma absoluta porque era la madre. Y evocaba las lágrimas de ternura que aquella noche se deslizaron por sus mejillas mientras los veía dormir, con lágrimas nuevas que ella ahora creía de dolor, pero que quizás continuaran siendo de ternura. Se las apartaba con rabia, porque sospechaba que tal vez, sólo tal vez, éstas no fueran por la pequeña; quizás fueran las lágrimas que nunca se permitió llorar por él.

De todos los recuerdos de su hija, aquél era el que con mayor frecuencia le venía a la mente, pero en los demás aparecía siempre en algún contexto que de una u otra forma guardaba relación con el padre. Había nacido padrera o se hizo aquella noche. Aprendió a decir «papá» antes que «mamá», le tendía los brazos en cuanto lo veía llegar y no se separaba de él, se reía más con sus juegos y siempre fue él quien obtuvo mejores resultados a la hora de dormirla. Cuando todo había fracasado, ponía en práctica el método infalible de ponérsela sobre el pecho y acariciarle la espalda. En pocos minutos, a veces en segundos, ella cerraba los ojos y se dormía. Cuando tuvo edad para hacerlo por sí misma, venía por su cuenta si el padre estaba sentado o tendido y se tumbaba sobre él para dormir. La mujer bromeaba haciendo como que tenía celos de la hija, aunque en realidad lo que sentía era orgullo, y él se defendía diciendo que el apego de la niña era porque se pasaba el día echándolo de menos. No era una complicidad que tuviera que ver con alguna clase de consentimiento; por el contrario, cuando ella alborotaba, a él le bastaba una mirada para hacerla volver al orden.

No era inquieta. Tenía de la madre la amabilidad de trato y la facilidad para comunicarse, pero del padre había recibido el don natural para la disciplina y el sentido de la responsabilidad. Bastaba con explicarle por qué debía recoger los juguetes o cepillarse los dientes y recordárselo los primeros días, para que incluyera el nuevo comportamiento en sus hábitos con toda naturalidad.

Lo que tantos años después continuaba siendo para la mujer la circunstancia más dolorosa, era que a su incomprensible decisión de ruptura todavía no alcanzaba a encontrarle otra razón que un

leve cansancio y su propia estupidez. No había tenido con él ni un solo momento de infelicidad. Ella, como la hija, lo reclamaba durante más tiempo del que sus obligaciones profesionales le permitían atender, pero la suya nunca fue una de las ausencias dramáticas que derriban tantos matrimonios. A continuación de sus pacientes, no existía para él sino su familia y no faltó a nada de lo que para ella era importante, incluyendo las fiestas que organizaba para los amigos y a las que asistía de buen grado, a pesar de que nunca se sintió cómodo en reuniones de más de cuatro personas. Al fin, creía que la causa de todo radicaba en que retrasó demasiado seguir el consejo con el que él le insistía desde poco después de nacer la niña: que empezara a trabajar o se buscara una tarea que la mantuviera ocupada.

Su desgracia fue una hora maldita en la que una asociación de cosecheros de plátanos la eligió para que los representara en una feria agrícola en Madrid. Aceptó porque había previsto que su marido y su hija podrían acompañarla, pero en el último momento él no pudo hacerlo y decidieron que la niña se quedara con él. Se vio sola en la inmensidad de Madrid. La llevaron a cenar, bebió un poco más de lo que hubiera debido, bajó la guardia y sin que nunca hallara modo de explicarse la causa, sucumbió a un arrebató de pasión con el que arruinó su matrimonio y desbarató su vida. Siempre pensó que el auténtico motivo de que le hubiera pedido el divorcio fue su falta de valor para enfrentarse a él, de no ser capaz de reconocer la ligereza de aquella noche. Por un momento de debilidad había puesto en riesgo nada menos que las cosas más importantes de su vida, que no eran sino todas y cada una de las que tenía en común con el marido, empezando por la propia hija. No le servía de excusa recordar que nunca había tenido ni un desliz, ni siquiera aquel por el que casi todas las personas han pasado ya con veinte años, no sólo por el control de hierro de su padre, sino porque sus propias convicciones se lo habían hecho reprimir. Maduró cuando se casó y más en la crianza de la hija, pero cuando sucedió el incidente, continuaba sin estar preparada para ponerse a salvo del desafuero de pasión, que sin haberlo buscado ni deseado, se le presentó fuera de su momento, en una etapa vital en la que las consecuencias sólo podían ser graves, y como supo con toda su brutalidad, a veces también son irreparables. El único error de su vida lo había pagado con todo lo que de verdad le importaba.

Lo peor era que la última vez que los vio con vida ya sabía que el asunto que la hizo llegar donde se encontraban no era sino un desvarío que había dado de sí todo lo que podía dar, y aquel mismo día tomó la decisión de presentarse en la casa para pedirle que la dejara regresar con él y con la hija. Tan segura estaba del marido, que sabía innecesario tener que pedirle perdón. Liquidó el triste asunto que la retenía en Madrid y preparaba el viaje cuando recibió la llamada que partió su vida en dos mitades.

Después llegaría a comprender que el dolor hubiera podido derrumbar al hombre tranquilo y valiente que ella mejor que nadie había conocido. Ahora sabía que a veces la vida puede ser tan dolorosa que para algunos se haga insoportable continuar adelante. Podía comprender sus causas, aunque jamás le perdonaría que se hubiese llevado a la hija con él. El odio al muerto cuyos restos yacían junto a los de su hija, cinco metros por debajo de donde se hallaba sentada, lo tenía más que justificado.

Al cabo de más de dos horas no le había prestado atención a la lona tendida en el suelo frente a ella, pero al ponerse en pie para marcharse, quiso saber cuál era su propósito, y Damián, atento a

ella desde la distancia, quiso hacerla desistir mientras se acercaba.

—Déjalo, niña. No levantes esa tela.

Ella esperó a que llegara a su lado.

—¿Qué ha pasado, Damián?

—Nada importante. Una casualidad estúpida.

—¿Qué es?

—Es una mancha sin importancia.

—Entonces, tampoco importará que la vea.

—Es una tontería, pero te va a traer recuerdos que no hacen falta. ¡Vete a casa y déjame eso a mí!

—Los recuerdos, Damián, los tendré de todos modos, y me gasté un dineral para que me hicieran entender que es mejor enfrentarse a ellos.

Se lo dijo con amargura, mientras levantaba la lona. Cuando la mancha quedó a la vista, su primera expresión fue de perplejidad, después de asombro y, por último, de rabia.

—¿Qué broma es ésta, Damián?

—Ha caído mucha agua. La piedra se empapó y ha dejado esa mancha. Llevo desde el viernes intentando secarla; no ha habido manera. Y esta mañana la regué, pero ya ves que tampoco ha dado resultado.

—¿Qué significa esto, Damián?

—No lo sé, niña. No puedo explicarlo, pero seguro que hay una explicación. Tal vez algún soporte interior en el techo de la cueva tenga esa forma.

—¿O puede ser que la gente tenga razón? ¿Puede ser que mi hija esté intentando decirnos algo?

—Lo de la gente son martingalas que no deben tenerse en cuenta. Seguro que hay una explicación. Seguro que terminaremos conociéndola sin necesidad de darle vueltas a cosas que no tienen solución.

—Tú y yo nunca nos hemos atrevido a hablar de lo que pasó para no hacernos daño —le dijo ella mientras volvía a tomar asiento—. Pero ha sido una tontería, porque tampoco hemos podido ayudarnos, Damián. ¿No crees que va siendo hora de empezar a hacerlo?

Damián no se opuso. Aceptaba que las palabras de la mujer eran de hecho una liberación para ambos.

—¿Estás segura de eso?

—Estoy muy segura.

—Entonces, déjame cumplir una promesa que le hice a tu hija. Porque hoy me he dado cuenta de que no cumplí su último deseo.

—¿Qué último deseo, Damián?

—No quise decírtelo, al principio porque las cosas se adelantaron y después para no hurgar en tus heridas —le explicó mientras se sentaba junto a ella y tomaba aliento antes de continuar—: La última vez que hablé con la niña fue aquí, donde estamos ahora. Me hizo prometerle que te pediría que perdonaras a su padre. Creía que estabas enfadada con él.

Ella asintió, en silencio, y perdió la mirada en la lejanía.

—Supongo que ahora ya no tiene sentido —dijo Damián.

Ella respondió después de pensarlo con detenimiento.

—Quizás sea ahora cuando tenga más sentido, porque entonces todavía lo amaba. Pero durante

todos estos años no he podido dejar de pensar en que se vengó de mí llevándose a mi hija. Quisiera perdonarlo porque tal vez sea la manera de alcanzar un poco de paz, Damián, pero no puedo.

—Sufrió mucho con lo tuyo. Se fue apagando poco a poco. Apenas comía y tampoco dormía bien. Hasta el último día habló bien de ti, sobre todo a la niña. ¿No podría servirte de ayuda recordar lo bueno que fue siempre? ¿No recordar el único mal momento que tuvo, sino todos los que tuvo buenos?

—Lo intento, Damián. Cada día que pasa. Pero sólo puedo pensar en que nunca más pude ver a mi hijita.

* * *

El verano fue duro, septiembre llegó en sus cabales con agua mansa y abundante, y octubre ya pasaba de largo muy frío aunque sin lluvias. Damián había vuelto a salir airoso en su lucha con la pendiente, las veces que regresó caminando desde el pueblo. La visitante de los domingos no había faltado a ninguna de las citas para dar su paseo y sentarse en el lugar de siempre a masticar dolores. Nítida y desafiante, la mancha continuaba en la piedra. En las tardes del agosto que pasó llegaba a desaparecer, pero resurgía muy leve en los atardeceres y se renovaba con el relente de las noches. Pese a su misterio, había terminado por ser para ambos uno más de los muchos recuerdos del lugar, que no alcanzaba a remover los posos del dolor más que cualquier otro. Le pesaba más a Damián porque desde el día que la descubrió había continuado incomodándole su naturaleza inexplicable, y también porque le hacía evocar la sensación de que había tardado demasiado en cumplir una última voluntad.

Como una burla ideada a propósito para él, el episodio final comenzó durante la noche más alegórica del año, la del último día de octubre, la víspera de Todos los Santos, la Noche de Brujas. El primero de noviembre no era la celebración principal del Collado, pero la afluencia de personas que acudían a la curva de Todos los Santos para llevar un testimonio a los deudos que perdieron la vida en el lugar maldito había convertido la fecha en la más emblemática del calendario. Desde el pueblo, la tarde de la víspera algunos anunciaban la celebración tirando cohetes, lo que asustaba a los perros, por lo que Damián no les prestó atención cuando empezaron a alborotar en el filo de la medianoche. La inquietud terminó en escándalo y tuvo que levantarse de la cama para poner orden. Ladraban hacia la casa como advirtiendo de una presencia en ella. Encendió las luces exteriores y dio una vuelta por los alrededores sin hallar causa para la inquietud y pensó que debía tratarse de una coruja porque a una rata le habrían dado caza en unos segundos y sin alborotar. Les dejó una luz encendida cuando se fue a la cama, después de tranquilizarlos con caricias y golosinas. Las noches siguientes se repitió la situación, aunque fue declinando tanto en frecuencia como en intensidad.

Una noche, poco antes de la Navidad, cuando parecía haber devuelto la paz definitiva, los ladridos se convirtieron en aullidos y lamentos que no cesaron hasta que él salió para atenderlos. Entre el ramaje de los árboles oía el rumor de una brisa intensa que se había levantado al atardecer y cuyo soplo frío parecía cortarle el rostro. Al pasar por debajo de una ventana, una violenta ráfaga de viento formó un remolino y una deflagración abrió unas contraventanas de la habitación donde aconteció la tragedia y derramó sobre él una lluvia de cristales de la que quedó ileso por milagro.

Subió a la habitación para cerrar el hueco del cristal con un cartón. Evitaba entrar en ella, salvo

para sus visitas de mantenimiento, una o dos veces al año. Casi agradeció que no funcionara la luz cuando pulsó el interruptor. Las rachas de viento, ahora más fuertes, hacían ondear los guardapolvos que envolvían los muebles. El más cercano a la ventana, que cubría un aparador, cayó al suelo.

Mal alumbrado con la luz escasa de la linterna, consiguió cortar y pegar el cartón en la ventana, y barrer y recoger los cristales. Después de asegurar las contraventanas y cerrar la ventana, puso en orden los guardapolvos. Al recoger el que se había deslizado hasta el suelo, sintió que algo caía.

La mañana que halló los cadáveres procuró no tocar nada para no alterar la escena cuando llegaran las autoridades, pero recordaba bien que en la mesilla, junto a la butaca había dos sobres. Uno pequeño, blanco, que decía «A la autoridad», sobre otro grande, grueso, de color marrón y cerrado con lacre. Era el que acababa de encontrar, con el nombre de la mujer escrito a mano, con el lacre todavía intacto, evidenciando que la pieza más importante había faltado desde el día fatídico.

El secretario del juzgado le ordenó abandonar la habitación mientras hacían sus diligencias y trasladaban los cadáveres. Le tomaron declaración en la planta baja, por lo que siempre pensó que aquel sobre habría estado entre los papeles que se llevaron y que le devolvieron a la mujer días después. Era claro que por alguna razón inexplicable había ido a parar a la parte alta del aparador sin que nadie se hubiera dado cuenta de ello, ni siquiera él cuando cubrió los muebles, pasadas algunas semanas.

No pudo dormir. Esperó a una hora prudente de la mañana para llamar a la mujer y pedirle que viniera a la casa sin decirle el motivo. Ella tardó menos de una hora en hacer el trayecto; daba muestras de haber abandonado las tareas, pues aún llevaba sus guantes de trabajo en el cinturón. Vestía el pantalón vaquero, calzaba botas y traía el pelo recogido con un pañuelo.

En pocas palabras, Damián le contó lo sucedido durante la noche al entregarle el sobre. Ella dudó antes de entrar a la casa, pero al fin tomó aire y entró para sentarse en un sofá. Damián fue a la cocina a preparar café para dejarla a solas. Cuando llegó con las tazas humeantes, ella había dejado los papeles sobre la pequeña mesita y lloraba con tanta amargura como Damián no la había visto hacerlo más que en el funeral de la niña. Apenas podía murmurar cuando se levantó repitiendo las dos mismas palabras:

—¡Pobre mío! ¡Pobre mío!

Luego se recompuso.

—Léelo, Damián. Te hará bien. Voy a casa a cambiarme. ¿Podrías abrirme esa cueva? Quiero verlo.

Hizo un gesto desde la puerta y salió.

—¡Pobre mío!

* * *

En los últimos meses de su vida la fatalidad no le dio un instante de tregua y lo llevó de una calamidad a la siguiente hasta el trágico episodio final. El viaje a Madrid, que debía ser de trabajo para la mujer y de entretenimiento para él y la niña, se frustró la tarde anterior a la partida, cuando lo llamó el jefe del servicio de cirugía para pedirle que lo suspendiera debido a que un compañero médico había sufrido un accidente doméstico. La mujer viajó sola y la niña se quedó con él.

Telefoneaba varias veces en el día para hablar con la pequeña, con especial puntualidad a la hora

de acostarla, y repetía la llamada media hora después para hablar con él. La conversación del domingo fue más breve y él la sintió tensa y distante. Dijo que se sentía cansada y durante las noches siguientes no dejó de negar que sucediera algo, pero él adivinaba preocupación en sus respuestas sombrías. La noche en la que ella le comunicó que alargaría su estancia en Madrid algunas semanas, y le pidió que llevara a la niña, se le hizo cierta la gravedad de la situación.

Pasó la noche en vela preparando el equipaje y se marchó con la hija en el primer vuelo disponible. La mujer los esperaba en Barajas, sola, pero él tuvo la sensación de que alguien la había acompañado. Le pareció verla derretirse al abrazar a la niña y cuando se acercó a él, apenas le rozó los labios al besarlo, sin embargo alargó el abrazo y el beso en la mejilla más de lo que él esperaba. En ese instante supo que la había perdido.

Después de cenar, salió a dar un paseo para dejar a solas a madre e hija y para reflexionar sobre lo que suponía que podría haber pasado. Tenía su decisión tomada. Era la única mujer de la que había estado enamorado y con ella no había conocido más que felicidad desde el día en que entró en su vida. Fuera lo que fuese lo sucedido en las dos últimas semanas, no le haría reproche alguno. Nunca se habría permitido decir algo sobre el uso que cualquiera quisiera dar a su libertad, y mucho menos a ella que a nadie, puesto que de ninguna manera dejaría que la hija pudiera ver de él ni un solo gesto de desamor hacia la madre.

Cuando regresó al hotel, la niña dormía y la mujer lo esperaba disimulando mal el nerviosismo con una cordialidad que, pese a ser su modo natural de ser, resultaba fingida y poco oportuna para la situación. Él decidió facilitarle las cosas.

—¡Suéltalo ya! —le dijo.

Ella tenía pensada cada frase, palabra por palabra, calculados el tono y los gestos y previstas las respuestas de cada una de las posibles preguntas, pero al igual que la primera vez, todo aquello no le sirvió de nada en el último momento y volvió a poner en práctica el subterfugio del asalto en descampado.

—Me he enamorado —le dijo, mirándolo con firmeza primero pero inclinando la cabeza después.

A él no le sorprendieron ni la brutalidad ni la torpeza de las palabras, porque desde siempre consideró aquel desparpajo suyo, que tanto oyó exaltar a muchos de los que la conocían, sino un triste recurso de huida hacia delante con el que intentaba ocultar que se sentía aterrorizada. Pero él tampoco fue capaz de utilizar sus preparativos, y haberse imaginado lo peor antes de hablar con ella no le hizo soportar con mayor entereza las palabras. Se quedó roto, sin fuerzas para reaccionar y apenas fue capaz de hacerle algunas preguntas poco concretas sobre su vida en común, con las que quiso vislumbrar en qué oscuros recovecos se habían agazapado los demonios de la infelicidad.

No los había. Ella supo explicar sus razones sin culparlo de nada, deteniéndose en lo feliz que había sido a su lado y lo orgullosa que estaba de la hija que tenían en común. Le explicó que no había buscado ni deseado tener ninguna aventura, pero que aquella relación inesperada se había presentado de tal manera que le era imposible renunciar a ella. Que tan segura estaba, que le pedía la separación para poder encaminar su vida por un rumbo distinto.

Él no alargó la conversación. Aunque la mujer le insistió en que pasara la noche compartiendo apartamento con ellas, salió con el pequeño equipaje y bajó a pedir otra habitación después de

prometerle que subiría por la mañana a despedirse de la hija. Lo que le sucedió durante la noche fue la causa de que la mujer hubiera creído ver despecho en lo que no fue sino lucha interior para no desmoronarse delante de ella.

Llegó a la recepción tan aturdido que parecía borracho. Se interesó por una habitación, pero pensó que necesitaba más el aire de la calle que un lugar donde esconderse y pidió que le guardaran la bolsa de viaje mientras daba un paseo por la madrugada de Madrid.

Caminó durante horas sin saber bien por dónde lo hacía. En una callejuela cercana a la Plaza Mayor, un hombre muy pequeño con acento sudamericano lo intimidó con una navaja para robarle. El hombre no le aguantaría ni media bofetada y él tenía la juventud y el arrojo suficientes para dársela, pero en aquellos momentos nada le importaba. Le entregó la billetera y el monedero y le pidió que le devolviera los documentos. El asaltante sólo quiso el dinero, una cantidad que le habría bastado para hacer una compra de subsistencia en la tienda o comer un par de veces en alguna taberna de las más económicas. No era más que un pobre muerto de hambre que, aparte del susto, sólo le había hecho sentir pena. Le habría entregado el dinero que llevaba con todo el gusto, para aliviarle la necesidad y evitar que le robara a nadie más.

Media hora después, en un rincón de la calle Preciados, lo volvieron a asaltar dos adolescentes, que supo peligrosos en cuanto advirtió que estaban tan muertos de miedo como él. Se tomaron a burla que no llevase dinero y que en un bolsillo del abrigo tuviera la billetera vacía y en otro los documentos. Se los tiraron a la cara y lo registraron hasta que comprobaron que no llevaba dinero, lo que sintieron como una humillación que se cobraron dejándolo apaleado y medio muerto en el suelo. De una manera que se le hacía incomprensible, como el anterior, aquellos también desdeñaron las tarjetas de crédito, lo que significaba que no tendría que recurrir a la mujer para hacer el viaje de regreso.

Su estado era tan lastimero que en el hotel quisieron llamar a una ambulancia, pero consiguió convencerlos de que podría hacerse unos remiendos de urgencia si le daban acceso al botiquín. Le hicieron el favor completo dándole la llave de una habitación en la que pudo asearse y cambiarse de ropa. Magullado, hinchado y roto, soportaba la suma de los dolores porque fluía por sus venas el más potente de los anestésicos, que no es otro que un dolor más intenso que todos los demás.

No podía presentarse con semejante estampa delante de la mujer que unas horas antes le había pedido la separación, y tampoco era prudente dejarse ver así por la niña. Aunque distintas para una que para la otra, eran buenas razones, y se marchó al aeropuerto después de haber hecho prometer a los empleados del hotel que no contarían nada de lo que habían visto. Llamó para despedirse antes de subir al avión, sin hablar de lo sucedido y sin saber que esa decisión dejaba en la mujer la certidumbre de que se había marchado cegado por el rencor.

Fue uno de los primeros pasajeros en cruzar el umbral de la sala de llegadas del aeropuerto de los Rodeos, donde lo esperaba Damián, que se asustó al verlo en tan penoso estado.

—¿Estás bien, chico? Parece que te haya atropellado un tren...

—Entonces aparento estar mejor de lo que me siento, Damián. Por dentro parece que me hubiesen atropellado cuatro trenes.

En el recuento de sus percances de la noche, de camino al hospital, intentó callar el más grave de ellos, pero la amistad y la cercanía se contaban ya por años y el amigo intuía que el matrimonio

pasaba por alguna dificultad.

—¿Y tus mujeres? —preguntó Damián.

—Se quedarán en Madrid una temporada —dijo en un tono que confirmó lo que aquél temía.

—¿Algún inconveniente?

—Sólo para mí, Damián. Mi mujer ya no volverá a casa —anunció sin disimular la amargura. Y terminó después de tomar aire y tragar un nudo—: ¡Ha encontrado el amor de su vida en Madrid, Damián!

Muy pronto comenzó a reclamarlo la niña, pero no viajó a Madrid mientras fueron perceptibles las heridas del rostro. Cuando lo hizo, pasó una semana como nunca había imaginado que en su caso llegara a suceder, recogiendo a la pequeña por la mañana y devolviéndola poco antes de su hora de acostarse. La segunda visita tuvo que hacerla a toda prisa, cuando la mujer llamó para pedirle que fuera a buscar a la hija, que no dormía durante las noches y se pasaba los días de llanto en llanto, preguntando por él. Así lo hizo y en cuanto la devolvió a su mundo del Collado y pudo jugar con sus amiguitos del pueblo, a ver a los animales, a pasar sus ratos con Damián, a estar en su casa y con su padre, recobró el buen carácter y la facilidad para vivir, aunque ahora preguntara sin cesar por la madre.

Solía levantarse de madrugada y meterse en la cama del padre. Una noche fue él quien despertó al no sentirla a su lado y se levantó para echar un vistazo, pero tampoco la encontró en su cama. Estaba en el estudio con su cuaderno de dibujos y su talega de lápices.

—Me daba vueltas el sueño, papá —dijo—. Me acosté contigo, pero me seguía dando vueltas.

—Así son las pesadillas, sueños que dan vueltas y vueltas.

La llevó a la cama y muy pronto la vio dormir serena.

La situación se repitió noches después pero no le concedió importancia, seguro de que la causa de la inquietud era la falta de la madre. Una noche la sintió moverse en la cama y la vio debatirse con otra pesadilla. La despertó y ya no la vio recobrar el sueño que él tampoco pudo conciliar.

Por la mañana, la llevó al hospital donde la vieron los pediatras; éstos le pidieron que regresara con ella pasados unos días para completar otras pruebas. Desde chiquita había frecuentado el hospital; allí la habían mimado tanto que estaba habituada a los uniformes, los olores, las herramientas y los artificios del paisaje hospitalario, de tal manera que ni siquiera llegó a desarrollar el miedo de todos los críos y muchos adultos a las agujas hipodérmicas. Para ella era un juego.

La madre continuaba llamando varias veces al día. Algunas noches había mantenido con él alguna conversación muy breve que sólo tenía por objeto el bienestar de la niña y que para ambos había empezado a ser un suplicio.

En el hospital no habían hallado nada de particular, pero unas semanas después le pidieron que volviera a llevar a la niña para repetir unas pruebas. Preguntó en algunas ocasiones sin que nadie le diera respuesta, y pasados unos días el director le pidió que fuera a su despacho. Supo que algo no marchaba bien cuando encontró que con él esperaban el jefe del servicio de hematología y el del servicio de oncología.

No le ocultaron la preocupación cuando le dieron la noticia de que el recuento de leucocitos en los análisis de la niña era anómalo.

¡Leucemia!

Rara.

Inapelable.

De muy cruel acabar.

Sin esperanza alguna, viajó a Madrid, dejó a la niña con la madre y fue a Barcelona para consultar con un especialista que le confirmó lo que ya le habían dicho. Desde allí viajó a Frankfurt, donde volvieron a repetírsele. Al regreso, cogió a la niña, con la excusa de que debía asistir a un congreso, y la llevó a Nueva York. Allí no sólo le confirmaron el desastre, sino que lo previnieron de que el final sería rápido y malo, con una amarga apostilla: «Si tuviésemos suficiente humanidad, no los dejaríamos llegar a él».

Hizo lo que cualquier padre: la llevó al Disney World de Florida antes de regresar a Madrid y esperó, muriéndose de la pena, mientras la niña pasaba unos días con su madre.

La mujer los acompañó al aeropuerto de Barajas para despedirlos. Los vio alejarse muy despacio, la niña sobre el hombro de su padre, y se le hizo evidente la delgadez del marido y la palidez del semblante de la hija, y en ese momento entendió que lo del último estirón no era más que una excusa, porque sus entrañas de madre le gritaron que tanto ella como él la estaban necesitando, y sintió que continuaba perdida en un episodio cuya conclusión, ya lo veía, no le dejaría sino un sentimiento de sordidez. Allí mismo, mientras su hija desaparecía en la distancia diciéndole adiós con la mano, decidió que se acaba de acabar. Que se quedaría lo justo para recoger sus cosas, comprar un billete y pensar cómo haría para presentarse en la casa a pedirles perdón.

Al regreso al Collado, la pequeña pasó con Damián y con los animales todo el tiempo, mientras él resolvía las burocracias más urgentes. El último día preparó una fiesta para que invitara a sus amiguitos del pueblo y pudiera contarles lo que había visto en su viaje a Florida. A última hora de la tarde le dijo que se fuera un rato con Damián. Escribió una carta para explicar a las autoridades que no debía buscarse a ningún culpable, pero en la que no contaba las causas de su decisión. Estas explicaciones las daba en otra carta que dirigía a la esposa, con todos los pormenores de la enfermedad, cuyas pruebas médicas había metido en el sobre. Se despedía de ella pidiéndole que no se dejara abatir por la muerte de la niña, porque era preferible que durmiera sin que llegara a saber que estaba enferma y sin dejarla llegar al final espantoso que en pocas semanas tendría. Le pedía que no estuviera apenada por él, porque los días más felices eran los que había pasado a su lado y al de la hija. Que gracias a ellas moría sabiendo que la vida había merecido la pena, porque debía pagar con la vida lo que estaba a punto de hacer, pero que lo hacía con el consuelo de saber que impediría un sufrimiento atroz a su hija y que se iría con ella a proteger su último sueño. Y se llevaba también el consuelo de que ella hubiera encontrado al otro que la ayudara a sobrellevar la crueldad de aquel final, con el que le deseaba que conociera la felicidad.

Cuando la niña terminó de hablar por teléfono con la madre, él la esperaba vestido con un traje de paño negro, para cepillarle el pelo y ponerle el vestidito y los calcetines blancos.

Lo demás lo tenía dispuesto junto a la butaca donde solía sentarse a leer.

* * *

Damián introdujo los papeles en el sobre, con un extraño sentimiento de paz en el que se superponían la pena y el consuelo. Junto a los informes médicos y los análisis, la hermosa carta que

lo mencionaba como al mejor amigo, pidiéndole a la mujer que le explicara lo sucedido.

Al encajar la pesada losa que cerraba la cripta, había tenido la precaución de embadurnar con glicerina los huecos de los pernos y había llegado el momento de comprobar su efectividad. Todavía quedaba sustancia que tuvo que retirar con un trapo. Con una llave de fontanero giró la primera de las piezas. No cedió. Ayudado de un tubo, alargó el brazo de potencia de la llave, que hizo girar el perno sin dificultad. Repitió la operación en todos los pernos, cuatro a cada lado, y empujó la enorme pieza de granito, que se movió sobre las bisagras con un largo gemido.

Olía a humedad. La caverna disponía de repisas en las paredes para colocar los féretros, pero el día que los introdujo allí decidió dejarlos uno junto al otro, en el catafalco central. Todavía estorbaban para el paso los despojos de decenas de coronas de flores que habían llegado para el óbito de la niña de los lugares más dispares. Por la puerta no entraba luz suficiente, pero había velones repartidos por el recinto, deslucidos aunque en buen uso. Encendió las mechas de tres o cuatro, tiró a la basura los estorbos, barrió el suelo y limpió el polvo de los ataúdes, cuyos barnices relucieron como el primer día. Cortó flores por los linderos de la huerta y el jardín y dejó la escena como si no hubiesen pasado sino unas horas, en lugar de dos décadas. Apagó los velones, entornó la puerta y subió a afeitarse y vestir su ropa buena.

Esperó a que los perros le avisaran de que el coche se acercaba a la casa, a la hora de un mediodía helado pero espléndido de aquel otoño sosegado. La mujer llegó sola. Vestía como en las visitas de los domingos y traía el coche cargado de flores. No se hablaron. Igual que él, se debatía entre la pena y el consuelo, pero parecía serena. No tuvo valor de entrar en la cripta y esperó a que Damián terminara de llevar las flores y de encender las velas.

Él se puso a su lado y aguardó sin romper el silencio, hasta que ella lo cogió del brazo.

—Llévame, Damián.

Caminaron juntos hasta el interior de la estancia y permanecieron de pie delante de los féretros. Ella se acercó muy despacio a un lado del pequeño ataúd blanco de la niña y lo besó con ternura. Dio la vuelta, puso la mano sobre el de su marido para acariciarlo primero, se tendió sobre él con los brazos abiertos y se derrumbó a llorar las lágrimas que había estado conteniendo durante veintidós años.

—¡Perdóname! ¡Perdóname!

Damián siguió de pie, dejándola llorar, en trechos con amargura y en otros con desesperación, y, poco a poco, con consuelo, durante la hora que tardó en dejar su conciencia tranquila y reconciliarse con la memoria del marido.

Fue capaz de entrar a la casa, recorrer las habitaciones y hasta sentarse a la mesa de la cocina con Damián, como en tiempos hacía toda la familia.

—¿Puedes creer una cosa, Damián? —dijo mientras sacaba la alianza del marido, que llevaba colgada al cuello, y la besaba—. Lo odiaba porque creía que se había vengado de mí llevándose a mi niña, y a pesar de eso, no sé cómo, no dejé de amarlo ni un solo segundo.

—¡Por supuesto que lo sabía, niña!

—Vendré a vivir aquí, Damián. No quiero que estés solo.

—Ésa es la mejor noticia que podrías darme. Quiero morirme aquí, si es posible, haciendo lo

mismo que hago ahora. No me asusta la soledad, pero cuando me llegue el momento, quisiera que alguien se hiciera cargo de lo que quede de mí.

—No estarás solo, Damián. Te lo prometo.

—¿Qué harás los días que se levante niebla?

—Nunca te he contado lo de mis trastornos con la niebla. ¿Cómo lo has sabido?

—La soledad da para hacerse muchas preguntas. Incluso para responder algunas.

—Entonces sabrás que nunca volveré a tener problemas con la niebla.

Al atardecer de aquel día desapareció la mancha de la losa en el suelo del anfiteatro y Damián pensó que haber aireado la gruta obró el milagro de secar la piedra. Sin embargo, en la última ronda antes de meterse en la cama, observó a los perros, inmóviles, atentos a la casa, con los rabos quietos y las orejas dispuestas. Salió y se situó junto a ellos para intentar descubrir qué era lo que les llamaba la atención. En ese momento habría jurado ver que desde uno de los ventanales la niña y el padre le decían adiós con la mano. Y habría jurado que junto a ellos le sonreía la mujer que le había faltado como el aire en cada instante de la última mitad de su vida. La nebulosa en los cristales se desvaneció enseguida, pero él no quiso pensar que fuese sólo el reflejo de las nubes en las vidrieras. Deseó pensar que al fin descansaban en paz, deseó pensar que tal vez fuera posible que volviera a verlos porque, quizá, los muertos esperan sin prisa a que los vivos terminen su tiempo y se reúnan con ellos.

Miguel de León nació a finales de 1956 en La Laguna, Tenerife. Se crió en el seno de una familia muy humilde, en Valle de Guerra, una zona rural del municipio de La Laguna, a cuya ciudad se trasladó a vivir con diez años, cuando comenzó la enseñanza secundaria. Mayor de seis hermanos, tuvo que ayudar desde niño a sacar a los pequeños adelante. Repartió periódicos, trabajó en una procuraduría y fue aprendiz administrativo en unas oficinas mientras estudiaba el bachiller con los adultos del turno de noche. Con quince años, sin haber terminado del todo el último curso de bachillerato, tuvo que desistir de la asistencia a las clases. Fue peón albañil, freganchín y pinche de cocina, camarero, ferrallista, operador de guillotina y foto montador en una litografía y, por último, administrativo en una empresa importadora, hasta el ingreso en el servicio militar. A su término, fue vigilante jurado y se hizo programador informático estudiando por su cuenta. Trabajó como programador y analista informático y fue gestor comercial en una importante empresa nacional de la que salió en 1991 para establecer una pequeña empresa de la que ha vivido hasta hoy.

Edición en formato digital: marzo de 2016

© 2016, Miguel de León

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Thinkstockphotos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01771-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[El collado de la marquesita](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)